

La UDI: Su Moral Bajo Sospecha

Antonio Cortés Terzi

CEP Informe N. 349. Política Nacional. 06/11/2003

“Jaime Guzmán nos enseñó que somos distintos”
Joaquín Lavín

Misticismo y Demagogia Autocrática

“Todas las noches le he rezado a Jaime Guzmán y me dijo: Sigue a ese cura...”
Estas son palabras del diputado Pablo Longueira en entrevista a Radio Agricultura realizada el 28 de octubre del año en curso.

En los primeros años de la Revolución Cubana, Fidel Castro interrumpió un discurso público para preguntar, alzando la mirada hacia los cielos: “¿Voy bien, Camilo?” Se lo preguntaba a Camilo Cienfuegos, uno de los más importantes líderes guerrilleros muerto poco tiempo antes.

¿Será común a todos los políticos con alma de demagogos autócratas la facultad de conversar con sus camaradas muertos y la necesidad de publicitar tal facultad?
¿Tendrán, de verdad, ese tipo de políticos, virtudes místicas o, en realidad, arrogárselas es un recurso intrínseco a la demagogia autocrática?

En cualquier tiempo y latitud, el autócrata tiende a generar la imagen de que su poder personal tiene algún origen y respaldo divino o sobrenatural. De ahí que, por antonomasia, el autócrata sea siempre un demagogo, aun cuando, a veces, como en el caso de Pablo Longueira, intente lucirse vistiéndose como un anti demagogo. En realidad, la fórmula demagógica predilecta del autócrata es el discurso anti demagogia, que incluye el discurso anti política.

Pero, insisto, lo más relevante en este tipo de políticos es presentarse como poseedores o depositarios de facultades o virtudes sobrenaturales, bendecidos por la propiedad de un aura excepcionalmente mística. De allí que reclamen para sí el reconocimiento de superioridad ética y moral y el “derecho natural” a ejercer el poder de manera especial (autocráticamente)

Sin tener en cuenta lo anterior, no se pueden entender a cabalidad las conductas de Pablo Longueira y de la UDI a propósito del escándalo desatado en torno al caso Spiniak. En efecto, los acontecimientos desencadenados por las declaraciones de la diputada María Pía Guzmán pusieron en interrogación la “superioridad ética” de la UDI y la excepcionalidad con la que estaba acostumbrada a hacer pesar su poder. Es decir, las denuncias de la diputada Guzmán amenazaban con hacer ver a la UDI como un vulgar partido terrenal, semejante a todos los demás, integrados por sujetos normales (o sea, también propensos al pecado), juzgables ética y judicialmente; y como un partido sin poderes excepcionales, emanados de fuerzas metafísicas que lo inmunizan de los poderes adversarios y le aseguran su “destino

manifiesto”.

Para comprender a los “buenos muchachos” de la UDI y sus reacciones destempladas, iracundas, agresivas, casi misantrópicas, hay que adentrarse, en la medida de lo posible, en sus lógicas internas de pensamiento. Hay que comprender que les asiste la convicción de que su partido y ellos mismos, son entes distintos y distantes, regidos por cánones extraordinarios, sujetos a normas y conductas peculiares, con derechos y misiones que nadie más tiene. Las declaraciones de María Pía Guzmán no tuvieron en cuenta aquello, pretendieron igualarlos. Y esa sí es injuria, calumnia, ofensa.

Sobrerreacciones Calculadas

Las sobrerreacciones de la UDI (que para su presidente, Pablo Longueira, estuvieron al nivel de “subreacciones” (recuérdese, la noción de “dictablanda”) no pueden explicarse sin considerar ese telón de fondo: su sentido de excepcionalidad y superioridad.

Pero luego, tras indagar en sus formas de razonar, debe retornarse al mundo real – en el que la UDI también se desenvuelve muy bien- para buscar las explicaciones en cuestiones más prosaicas. Y, al respecto, permítaseme una sugerencia para los analistas políticos, especialmente para aquellos que se inician en el oficio. Cuando un actor político, frente a un determinado suceso poco claro que lo afecta negativamente, responde de manera grandilocuente, apela mucho a la ética, esgrime reiteradamente argumentos de principios, usa excesivamente palabras o frases como “ honor”, “daño moral”, “familia”, “integridad”, etc., es muy probable que las explicaciones verídicas haya que buscarlas en el plano de lo escatológico, en la acepción menos grata del término. Insisto: es un camino investigativo probable, no infalible.

Que la UDI sobrerreaccionó es un juicio ampliamente compartido. Sin embargo, puede ser un juicio equivocado. Depende del cristal con que se mire y de la información que se disponga. Si lo que se tiene en cuenta son los acontecimientos tal cual se expusieron públicamente y si se cree que la UDI defendía lo que declaró que defendía, entonces, es legítimo concluir que la UDI sobrerreaccionó.

Las hipótesis que orientan este artículo tienen en cuenta otros considerandos que llevan a sostener que la UDI no sobrerreaccionó o, más bien, que su sobrerreacción fue calculada, premeditada, pues con sus conductas perseguían más objetivos que los confesados.

La “Sacralidad” de la UDI

La primera hipótesis que conduce a esa conclusión se relaciona a lo dicho más arriba en cuanto a la autovaloración que la UDI tiene de sí. Su fuerte sentido de constituir una elite ética y políticamente superior, elegida místicamente para cumplir una misión histórica, le genera una visión o sentimiento de inimputabilidad, que es muy propio y común a las culturas políticas de origen autoritario y vocación mesiánica y a los sujetos que adscriben a ellas. Visión o sentimiento que se ampara y reproduce aun más en virtud del ego sacro que ha desarrollado la UDI e inculcado por su cúpula a través de una sistemática ritualidad.

La UDI y su gente se perciben a sí mismos sacralizados. Tal vez por un respeto intrínseco que surge de nuestros ancestros culturales nacionales, tal vez por grados de temor, poco o nada se dice del uso instrumental, casi profano, que hacen, consciente o inconscientemente, los dirigentes de la UDI de la figura de Jaime Guzmán. Se refieren a él como una figura sagrada y omnipresente, incluso, se le invoca a veces como virtual autor de sus actos contingentes. Véase, por ejemplo, la siguiente frase de Pablo Longueira al finalizar su discurso en el acto de su reciente aniversario partidario: “Ingresa a este acto el hombre elegido por Jaime para hacernos llegar a La Moneda el 2006”

La consecuencia instrumental es obvia: ¿cómo la UDI no va a sentirse sacralizada si es heredera, discípula, herramienta de una figura sacra? ¿Y por qué esa sacralización no va a expandirse hacia sus militantes y tanto más a sus dirigentes?

En suma, en la UDI y en su gente existe un sustrato cultural-valórico que entraña sentimientos de inimputabilidad. Ergo, es natural que cualquier imputación la lean apriorísticamente como una agresiva injusticia y tiendan a reaccionar con virulencia.

El Monopolio de la Factualidad del Poder

La segunda hipótesis es que la UDI reaccionó como lo hizo porque se vio desafiada en un terreno que bien conoce: el de la factualidad en el ejercicio del poder. Al principio, cuán no sería el desconcierto e irritación al suponerse sorprendida por una “operación de inteligencia”, fraguada en un desconocido rincón del circuito de poder fáctico. ¡La UDI víctima de la facticidad del poder! Era demasiado. Sobre todo porque el supuesto de una “conspiración” indicaba que había espacios o círculos de los poderes factuales disponibles para la derecha que escapaban al control o al conocimiento de la UDI. Es decir, la UDI presumió que estaba siendo traicionada por una parte de sus fuentes de poder fáctico, lo que le implicaba no sólo pérdida de poder, sino un peligro informativo.

Esa primera apreciación, de por sí preocupante, se tornó alarmante cuando la UDI constató que sus tradicionales sistemas de protección fáctica no se movían o se movían con extrema lentitud y con tibieza. Su sobrerreacción, en consecuencia, fue estimulada, al comienzo, por la percepción de encontrarse en un estado de relativa indefensión fáctica.

Una vez que se convenció de la inexistencia de un complot y después de confirmar que la fuerza de los “conspiradores” oscilaba entre la fragilidad y la *rasquería*, lejos de detener sus conductas sobreactuadas, las acentuó aun más, convirtiéndolas en recurso de contraofensiva. ¿Por qué?

De una parte, porque tenía que superar rápidamente las señales de debilidad – vergonzantes para su ego- que envió cuando buscó solidaridad entre la “clase política” y cuando concurrió a la sede de RN tras el apoyo, ni más ni menos, que de Sebastián Piñera. Y, de otra parte, porque debía reponer su imagen de partido temible y dejar sentado que conservaba su capacidad para concentrar y movilizar círculos factuales de poder. Entiéndase que, para la UDI, atemorizar es un elemento válido e intrínseco al ejercicio del poder, un elemento que conceptual y prácticamente ha cultivado a lo largo de su historia. Recuérdese que la UDI es hija legítima de Jaime Guzmán e hija putativa de Pinochet.

En suma, la sobrerreacción respondía a un diseño de contraofensiva estratégica que pasaba por reposicionarse como partido amenazante y amenazador.

La UDI Tiene Miedo

Y la tercera hipótesis es que la UDI reaccionó de la forma analizada porque tuvo –y tiene- miedo. El caso Spiniak le causa temor. No por las acusaciones rumorosas, sino por razones más elípticas.

Sociológicamente, el caso Spiniak es de suyo interesante porque ilustra el carácter “clasista” de las perversiones. Las sórdidas conductas develadas por las informaciones sobre el caso, se encuentran, si no exclusivamente, de preferencia entre sujetos de las clases altas. Las perversiones en sujetos de las clases bajas o medias son más “simples”, menos “sofisticadas”, más baratas. Las fiestas de perversiones, las orgías son cosas de patricios.

Ahora bien, el patriciado criollo no es muy numeroso y está bastante relacionado entre sí por lazos familiares, de amistad, de vecindad, de negocios... y de poder. Por lo mismo, y en general, se conocen, están informados los unos de los otros.

Por otra parte, las personas que “prestan” servicios sexuales a los miembros de las clases altas tampoco conforman grupos numéricamente grandes.

Sumados estos dos datos no es difícil colegir que una investigación acuciosa sobre el caso Spiniak puede llevar a muchas ramificaciones, a diversos hechos y situaciones que, no siendo constitutivas del delito de pedofilia, caigan dentro de otras figuras delictuales o moralmente censuradas por la sociedad. Dicho de otra manera, la investigación sobre el caso Spiniak no amenaza sólo a los directamente involucrados en él, sino a terceros que, eventualmente, y en circunstancias distintas, pudieran haber contratado a algunos de los mismos “servidores” de Spiniak.

Es del todo evidente que la UDI es el partido predilecto de las clases altas chilenas, que está vinculado orgánicamente a ese sector, que allí está su base social fundante, que de allí salen adherentes, dirigentes, financistas, colaboradores técnicos, asesores, equipos de apoyo a Lavín, etc. Ergo, si el caso Spiniak y sus ramificaciones también está instalado en ese sector social, es más que razonable el miedo de la UDI. Por un cálculo simple de probabilidades es dable pensar que puedan aparecer sujetos comprometidos en el caso Spiniak o con sus ramificaciones y ligados a la UDI.

En esta hipótesis, la sobrerreacción de la UDI tiene propósitos más precisos. Uno es inhibir la proliferación de informaciones que podrían apuntar, por la vía de las ramificaciones, a sujetos de la UDI o cercanos a ella. Y el segundo, y más importante, instalar en la opinión pública i) la idea de que se trata de un asunto complicadísimo, enmarañado, confuso y ii) la percepción de que todo el asunto resulta de maniobras políticas, de manera tal que cualquier antecedente comprometedor que surgiera del proceso judicial pueda ser cuestionado y descalificado con ese argumento.

Mención aparte, pero dentro de esta última hipótesis, merece el trato que le ha dado la UDI a María Pía Guzmán. ¿Por qué tanto encono y odiosidad? Porque ella

adscribe y circula por los mundos de las clases altas, conoce a su gente, tiene apreciaciones más o menos fundadas sobre la personalidad de cada quien. Por consiguiente, el que ella le diera crédito a los rumores obedece a que en su fuero interno los cree posibles a partir de los juicios que se ha formado acerca de la ética de actores políticos cuyos nombres nunca ha mencionado. Es una patricia, no una plebeya la que desconfía de la moral de algunos de sus pares. Por eso, para la UDI, la diputada María Pía Guzmán debe ser aniquilada en su credibilidad. Ella es la propietaria del manto de sospecha social que se yergue sobre la moralidad de integrantes de la UDI. No van a descansar en su afán por destruirla política y psicológicamente.

La Moral Política: He Ahí el Problema

Desde una estricta lógica política y para los efectos de la política trascendente, es poco relevante que se descubra que uno o varios militantes o dirigentes de un partido político, tenían una baja moralidad y que perpetraron delitos.

Cualquier entidad social puede ser víctima de situaciones de esa naturaleza. Por cierto que son situaciones que afectan a la imagen del ente que se trate, pero eso es temporal y subsanable si el ente cuestionado, en el curso de su historia, ha dado muestras de poseer, como colectivo, una moralidad saludable y si sus reacciones se ciñen a esa moralidad.

Menos relevante es, mirado en perspectiva, que miembros de un partido sean acusados injustamente de cometer actos inmorales y delitos. Esa es una posibilidad siempre latente e insoslayable para quienes se desenvuelven en actividades públicas, máxime si su campo de acción está inmerso en la ruda pugna entre poderes políticos.

En definitiva, las faltas a la moral social y a la ley de parte de individuos que desempeñan actividades políticas, objetivamente y en principio no comprometen la moralidad de la institución a la que pertenecen. Evidentemente, menos la compromete cuando ocurren falsas acusaciones.

Apreciar de esa manera este tipo de problemas presupone la existencia de un mínimo común de ética política sólida, compartida y practicada por el conjunto de los actores políticos institucionales.

Si ese presupuesto funcionara en Chile, la UDI debería haber contado con la comprensión y respaldo de todo el arco político. Y mucho de eso hubo en los días inmediatamente posteriores al inicio del escándalo, pero después se diluyó. Y la responsabilidad mayor y de fondo es de la UDI. No sólo por sus destempladas reacciones coyunturales, sino, esencialmente, porque nunca ha suscrito ese mínimo común de ética política.

La UDI: Descalificando Sistemáticamente

La discursividad de la UDI incluye una recurrente descalificación moral de sus adversarios e incluso de sus aliados, aprovechándose de fenómenos circunstanciales protagonizados por individuos específicos. ¿O acaso no ha sido la UDI la que, demagógicamente, sistematizó un discurso anti-política y anti-político? En proporción a sus años de existencia, la UDI es el partido que tiene a su haber

más actos conspirativos y de dimensiones inéditas en la historia de la democracia chilena moderna. No hay poder del Estado en Chile que, en algún momento, no haya sido vilipendiado por la UDI. Es ella la que se especializó en el uso de la factualidad del poder y la que lo ha empleado casi con desparpajo y jactancia.

Y en la coyuntura reciente ha vuelto a desnudar su agresividad y soberbia mesiánica; su egocentrismo que la torna indiferente y, hasta contraria, al interés nacional; su siempre sorprendente inescrupulosidad en sus ataques; su desenfado para amenazar; su disposición y capacidad para producir climas sociales deplorables, etc.

En suma, lo que ha puesto bajo sospecha la moral de la UDI no es lo casuístico ni lo azaroso de los acontecimientos discutidos, sino su concepción ético-política inspirada en su sentido de superioridad, de excepcionalidad, de inimputabilidad que se condice bastante con la ética de las clases altas reorganizadas oligárquicamente.

Esa visión ético-política es altamente peligrosa porque conlleva al desarrollo de un espíritu de secta y el espíritu de secta incuba una predisposición a proteger apriorística e incondicionalmente a sus adherentes y líderes.

El mejoramiento de la calidad de la política y de su ética es una necesidad que importa a la nación. Desgraciadamente, la UDI obstaculiza esa aspiración.

Quizá si estos sucesos, que amargan el alma nacional, dejen algo positivo: que sirvan para que la Concertación e, incluso, sectores de la derecha, internen que lo que estará en juego el 2005 no es la simple alternancia intrínseca a la democracia. El 2005 se enfrentarán duramente dos proyectos con diferencias sustantivas. Uno que postula correcciones y avances de la democracia por y para la democracia. Y otro que pretende “corregir” la democracia desde la óptica demagógica-autoritaria de una secta elitaria.

* *Antonio Cortés Terzi: sociólogo y Director del Centro de Estudios Avance*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.



